

que unos centros de cortesanía y de cultura; y mientras las tormentas de la democracia desgajan todas las eminencias, hasta las democráticas; y mientras desaparece del mundo la cómoda moral de esos augustos Duguesclines que «no quitando ni poniendo rey, ayudan á su señor,» sigamos nosotros pacientemente proclamando las reglas de moral, que, con los intervalos de siempre, han sido el norte de la humanidad desde el principio del mundo; y en tanto que vuelven á desaparecer tantos héroes de tramoya, y tantos príncipes de aluvion, y arroja el mar de nuevo á la playa los restos tradicionales de los naufragios hechos durante la tempestad, hagamos nosotros votos por la eternidad de aquellas monarquías, que, como la monarquía española, son las eternas amigas del progreso y de la libertad.

CAMPOAMOR.

ARTICULO I.

I. La doctrina moderada.—II y III. La primera necesidad es el orden.

PROSPECTO.

I.

LA DOCTRINA MODERADA. ¹

Vamos á publicar un periódico, que aunque no ve con trasporte la «union liberal,» siempre verá con placer la *union de los liberales*.

El Estado mirará con horror que en sus doctrinas se trate de mezclar ni un átomo siquiera de la levadura revolucionaria; pero tratará con una cordialidad magnánima á todos los revolucionarios que están bebiendo actualmente en las puras fuentes de las doctrinas conservadoras.

Porque es menester que algunos visionarios se desengañen; los progresistas avanzados que apoyan al gobierno, son un nuevó aluvion de soldados del órden que desde hoy en adelante formarán en nues-

(1) Prospecto del periódico titulado *El Estado*, donde se insertaron la mayor parte de los artículos reunidos en esta coleccion.

tras filas. ¡Sean pues bien venidos! *El Estado* no los tratará como *desertores*, sino como *desengañados*. Y es inútil que para disculpar su nueva evolucion repitan la conocida simpleza de que ninguno de los partidos volverá á ser lo que ha sido. La doctrina del partido del orden no necesita ni descomponerse, ni depurarse. Puede haber diferencias de carácter en su desarrollo práctico, y las hay sin duda alguna; pero el fondo de la doctrina, la esencia constitucional de este credo político, es una síntesis científica perfecta, con toda la perfeccion que cabe en las instituciones humanas.

Este cuerpo de doctrinas es invariable; no se puede mejorar, porque tiene la sancion del consentimiento del público ilustrado, de las lecciones de lo pasado, de las lecciones de casi todo lo presente. Este Evangelio, formado por la tradicion, por la filosofía y por la esperiencia, no necesita reformas empíricas: es un dogma completo. Cuantos lo quieran retocar en sus bases esenciales son heresiarcas. Se dirá que alguna vez se han podido cometer abusos en la aplicacion práctica de nuestras doctrinas. ¿Y de qué institucion no se puede abusar en este mundo? Hacer esta observacion es tomar lo material por lo moral; es sacar una mala consecuencia de una escelente doctrina; es trocar los individuos por las instituciones; es mover las hojas para derribar el árbol; es un miopismo intelectual: es *hacer política* por hacer algo. Si hay alguna persona que haya bastardeado en su ejecucion el dogma conservador, esto es una falta individual; pero no puede ser un cargo contra la doctrina interpretada farisáicamente. Las personas son los anillos tempora-

les de una cadena perpétua, en la cual, á pesar de la destruccion de los individuos, la tradicion se va inmortalizando en la especie.

II.

LA PRIMERA NECESIDAD ES EL ÓRDEN.

El Estado cree que entre las doctrinas de orden y las ideas trastornadoras no puede haber *union* porque existe solucion de continuidad, porque hay la distancia que media entre la tésis y la antítesis, porque son el sí y el no del gobierno, porque ante las turbas que incendian, que roban y que matan, el partido del orden apela á la *resistencia*; ante las turbas que asesinan, que insultan á la autoridad, que hacen el contrabando en grande escala robando al fisco, el partido democrático no conoce mas remedio supremo que la *abdicacion*. Los primeros salvan á la sociedad con la fuerza; llámese en buen hora la *metralla*. Los segundos abandonan á la sociedad al que más pueda, es decir, con el pretexto de la libertad abandonan el país á la *licencia*.

Se nos dirá que nuestra idolatría por la fuerza del poder público puede precipitar á este alguna vez en un uso inmoderado de sus fuerzas: ciertamente; pero nosotros preferimos esto á la inercia gubernamental que no puede menos de producir constantemente el abuso de los elementos deletéreos de la sociedad. Primero los Césares, que los Espartacos de callejon: y si es posible, ni aquellos ni estos. Antes la dictadura que

el gobierno de los héroes de taberna: mas, de acuerdo con el sentido comun, protestamos contra aquella y contra estos.

Desde los límites del miliciano sin chopo, hasta los confines de algun rey montado á la prusiana, *El Estado* apoyará lealmente á todos los gobiernos que nos den libertad, orden y progreso. Sobre todo, orden y progreso. En nuestras frecuentes escitaciones al poder presidencial, le rogaremos con insistencia que llame al público ¡al orden!.... ¡siempre al orden!....

¡Libradnos, Señor, de todas las tiranías!.... Mas si es vuestra voluntad que haya de pesar una sobre nuestro infortunado país, antes el solideo que el kepís, primero la espada que el trabuco. Nos hace daño el orgullo que muestra el poder que sale de un alcázar; pero nos humilla menos que el aire calamocano del poder que sale de un figón. ¡Si estamos condenados á ser súbditos de algun imperio, que no sea el imperio de las navajas de Albacete!....

III.

El Estado, periódico monárquico-constitucional, sin rechazar á los personajes progresistas, encomiará siempre las doctrinas conservadoras. El partido democrático, como cuerpo de doctrina, siempre tendrá una existencia exigua, una vida minada por enfermedades hereditarias, por cánceres orgánicos. Las doctrinas profesadas por el partido del orden, como todos los grandes problemas sociales planteados por la sabiduría y la experiencia, vuelven á renacer de entre

las ruinas de los terremotos democráticos, porque la luz de la verdad jamás se estingue por completo, porque la razon nunca naufraga en masa. Así como el partido democrático siempre será la Babel en la cual la confusion de idiomas hará sonar pronto la hora de la dispersion, en la portada del decálogo conservador se puede escribir el lema de aquel dios misterioso de los egipcios:—«Yo soy el que ha sido, el que es y el que será.»

En conclusion: *El Estado* se propone ser órgano de los *unitarios* del partido del orden; es decir, de ese partido que solo tiene por simbolo la doctrina, y nunca una persona; que abandona la religion del *fetiquismo* al partido de las muchedumbres; que obedece los principios con absoluta abstraccion de los hombres; que detesta á esos Jeroboanes de la politica, que sin mas razon que las voluntariedades de su carácter, y sin mas ley que la de quererse erigir en grandes sacerdotes, introducen la division en el seno del pueblo escogido, lanzan el grito de «¡sálvese el que pueda!» y despues que empieza la dispersion, viene algun pueblo bárbaro y somete á todos á una afrentosa esclavitud. ¡Jamás!... ¡Jamás!... Para los amigos de *El Estado*, nunca retumbará en el desierto aquella aterradorá acusacion de:—«Cain, ¿qué has hecho de tu hermano?...»

ARTICULO II.

Los Benditos.—I. Ventajas de la discusión.

LOS BENDITOS.

I.

VENTAJAS DE LA DISCUSION.

Al Sr. D. Antonio de Mena y Zorrilla, fiscal de imprenta.

Cuenta la fama, nuestro amigo y señor fiscal, que allá por los tiempos del Sr. Alonso Martinez quedó decompisado en las oficinas del gobierno de la provincia un folleto de los Sres. D. Emilio Castelar y D. Manuel Gomez Marin, y que aunque no lo hemos leído, sabemos fijamente lo que dirá.

El Estado, que ha sido tildado por sus cofrades de la prensa del modo más contradictorio, pero que si no ha sido calificado de *retrógrado* por la mayoría, es sin duda alguna porque la palabra es un poco denigrativa, tiene hoy un empeño con V. S., nuestro amigo y señor fiscal, aunque con la súplica vuelva á desorientar á esos babiecas de un obtuso venteo intelectual, y que son *progresistas* como nosotros *retrógrados*;

y es, que si V. S. lo tiene por conveniente, refrende el pasaporte al folleto democrático de los señores Castelar y Gomez Marin.

Hay en el mundo una raza de *benditos* que piensan que nunca los cogerá el diablo tan solo con no nombrarle, y que, como los niños, creen que nadie los puede ver cuando ellos cierran los ojos. V. S. que ha sido, es y será un brioso paladin de la libertad del pensamiento, esperamos que deje libre á ese prisionero, que aunque no lo hemos leído, sabemos fijamente lo que dirá, y que de seguro hará ver que las ideas democráticas son malas y las conservadoras muy buenas, por aquel procedimiento lógico que llamamos los aficionados á la filosofía *la prueba por el absurdo*.

No se parezca V. S. á esos *benditos*, que cuando oyen nombres de jóvenes esparciatas como los señores Castelar y Gomez Marin, casi casi hacen la señal de la cruz. ¿Qué podrán decir esos escelentes chicos en su folleto sobre el general Espartero? «¿Que buscan á Dios en vano?» «¿Que el matrimonio no es santo?» «¿Que la propiedad es el robo?» Pues por lo mismo que dirá estos y otros absurdos, es por lo que queremos que el folleto se publique.

Dejadles delirar, gobernantes de la cosa pública: y cuando ellos no deliren, es decir, cuando ellos no hablen, decid vosotros lo que sienten, para que el público lo sepa.

Cuando tengais noticia de que uno de estos demócratas teóricos quiere tomar la palabra, en vez de mandarle callar, y decirle al público que no le escuche, subid al orador á una tribuna bien alta, llamada la atención del público, diciéndole: «el señor va á probar

que la propiedad es el robo,» y repetídselo mientras estén despiertos.

Y por si no lo han entendido bien, despertarlos cuando están dormidos, únicamente para decirles que hay en el mundo una secta de políticos que se apellidan demócratas, y de cuyas doctrinas la última consecuencia es «que la propiedad es el robo.» ¿Lo habeis entendido bien, propietarios? Si os responden que *perfectamente*, volvédselo á repetir para que lo entiendan mejor.

Dice Proudhon que su célebre fórmula de que «la propiedad es el robo,» es el gran acontecimiento del reinado de Luis Felipe, y tiene razon. Solo que lo que él creía una gran verdad, es un grande absurdo. Con la publicacion de este inmenso absurdo, todas las clases ricas por el trabajo, por la virtud y por la inteligencia han retrocedido espantadas, y se han cobijado bajo el baluarte protector de las monarquías. Hoy es natural aliado de los tronos todo el que, material, moral ó intelectualmente, tiene algo que perder. Ciertamente que la fórmula de que «la propiedad es el robo,» es el gran acontecimiento, no solo del reinado de Luis Felipe, sino del siglo xix. Al lanzar Proudhon este proyectil de guerra por los aires, en vez de vencer á los amigos de las monarquías, los ha hecho agruparse para siempre, y los ha unido por el terror con vínculos que no se romperán jamás. ¡Gloria á Proudhon que, como el diablo de Milton, en vez de probar que es invencible el infierno, ha hecho ver que es al cielo á quien no se puede vencer!

Y á esos propietarios que se dormian, y que ya los suponemos despertados al ruido de los que vienen á

saquear su patrimonio, añadidles: «pues no es esto solo lo que los espoliadores de vuestra propiedad física exigen de vos, de mí y de todo el mundo; quieren además despojaros de vuestra propiedad moral, robándoos la compañera de vuestros placeres y de vuestras penas, obligándoos á que pongais á vuestros hijos, á esos pedazos de vuestro corazon, de patitas en la calle; en una palabra, con respecto á nuestras esposas, quieren que el mundo sea ún inmenso lupanar; y con respecto á nuestros hijos, una gran casa de expósitos.»—«Pero es imposible, os dirán, que semejante absurdo haya podido caber en una cabeza humana.»—«Pues están Vds. muy equivocados, les responderéis. Ese absurdo ha ocupado y sigue ocupando seriamente muchas cabezas, inclusa la del gran Platon. Así pues, es menester contestar á la escuela democrática que os viene á pedir cuenta de los títulos de legitimidad, no solo de vuestro techo, sino de vuestra autocracia marital, de vuestra paternidad, y de la organizacion de toda vuestra familia.»—«Pues que vengan,» os contestarán todos los individuos de esta familia á quien en nombre de Platon quereis dispersar por los campos como las fieras, y las mujeres por pudor, los hijos por obligacion, los padres por amor, los que no aman á sus esposas por dignidad, y los que las adoramos por dignidad y por celos, nos dispondremos todos á recibir á los emisarios de la escuela democrática, ó con la risa del desprecio, ó con una gran paliza, fruto de la indignacion.»—«Pues no para aquí la cosa,»—debeis decir á esos propietarios que quieren defender á palos el inmenso depósito de delicias que han acaparado bajo el techo del hogar doméstico. «Esa mis-

ma escuela democrática por conducto del Sr. Feuerbach nos acaba de revelar que las penas que la virtud sufre en este mundo no tienen recompensa en el otro, que Dios es una carga inútil, y que no hay otra divinidad adorable mas que la muerte.»—«Pues ese Feuerbach es un malvado,»—os contestará el género humano en coro.—Yo no me opongo á ello. Lo que sí sé es que la escuela democrática piensa como él en este punto, y que ha existido un hombre de bien, un filósofo que se llama Kant, una especie de Proudhon del orden moral, que así como este aseguró la propiedad negándola, aquel robusteció la fé negando la posibilidad de probar á Dios. No os echeis las manos á la cabeza ¡grandísimos benditos! porque ese pobre Kant, jefe sin quererlo de estos demócratas de nuestros dias, haya sido un pobre hombre que negando á Dios asegurase el triunfo de la causa de la divinidad. Oidlo bien, sacerdotes, niños, mujeres y creyentes: oidlo bien, para que los apedreeis por las calles, como sí los apedreareis; hay una secta de políticos que os quieren gobernar, y que así como en el orden físico niegan el derecho de propiedad anulando la personalidad humana, en el orden moral niegan la existencia de Dios, dejando á la creación sin Creador, á los efectos sin causa, entregando la materia á evoluciones sin orden, y al espíritu á un ensueño sin orden y sin término.

En vez de hacer misterio de ellas, es menester publicar estas doctrinas de los demócratas por todas partes, todos los dias y á todas horas, para que los escomulguen los sacerdotes, se escandalicen las mujeres y los niños, los escarnezcamos los hombres, y para

que hasta el mismo Jaime el Barbudo, ese socialista práctico, baje de las sierras de Crevillente, trabuco en mano y rosario en cuello, á defender heroicamente la causa del Dios de las misericordias.

Y no espereis vosotros, los *benditos* que quereis hablar, porque no son solo unos *benditos* los que no quieren que se hablé, que os dejemos solo levantar la punta del velo de las ideas democráticas halagando á las turbas con no sé qué desheredamientos que no existen, y pintando dolores de abajo, y prescindiendo de los de arriba, acaso más intensos y más lamentables que aquellos, porque aquí estamos nosotros para descorder el velo del todo, y enseñar á los de abajo y á los de arriba que las últimas consecuencias de vuestras doctrinas son, en el orden político, la supresion de la propiedad, que es lo mismo que la del individuo; en el orden moral, la supresion de la divinidad, es decir, la muerte de todas las esperanzas divinas; que destruis la familia, convirtiendo á los hijos en frutos de la casualidad y de las tinieblas; á los padres en bestias privados del sentimiento del amor filial; á las mujeres en máquinas de gustos sin amor y de placeres sin virtud.

Y no temais vosotros, los *benditos* que no quereis que se hable, que cada clase del pueblo adopte solamente el orden de ideas que más le convenga. El egoismo de cada uno es la prenda de seguridad de la abnegacion de todos. Y además, los sistemas jamás se pueden adoptar á medias. Sentadas las primeras premisas de los problemas democráticos, no se harian esperar las últimas consecuencias. Las últimas consecuencias ya sabeis cuáles son; la supresion de la pro-

piedad, la de la familia y la de Dios; es decir, la anulación de la materia y del espíritu, el absurdo, el caos, lo imposible.

Así pues, señor fiscal, y señores *beneditos* que no queréis que el folleto de los señores Castelar y Gomez Marin se publique, no os dé cuidado que estos demócratas inicien con timidez ó sin ella las primeras premisas de sus problemas; aquí estamos nosotros para probarles que sus últimas consecuencias son el absurdo, el caos, lo imposible.

ARTICULO III.

- I. La fórmula del progreso del Sr. Castelar.—II. Todo el mundo es un poco demócrata.—III. Mala fórmula del progreso.—IV. La unión liberal.—V. La moral y la doctrina moderadas.—VI. Extraño cristianismo de la democracia.—VII. Derecho é igualdad.—VIII. El libre-cambio absoluto.—IX. y X. Criterio moderado.—XI. La mejor fórmula del progreso.

I.

LA FÓRMULA DEL PROGRESO, POR D. EMILIO CASTELAR.

No lo he visto, pero lo creo como si lo viera: el Sr. Castelar habia escrito algunos artículos contra el partido progresista, contra el moderado, contra el absolutista, contra todos los partidos, menos el demócrata; y apasionado, y no sin alguna razon, de estos hijos de su inteligencia, que circulaban por el mundo sin padre conocido, los ha reunido con la mayor ternura, y cortándole las piernas á este, la cabeza á aquel, añadiéndole dientes postizos al otro, y cosiéndolos á todos con hilos de oro, y pintando las ensambladuras con ese color indefinible que se llama azul de cielo para que no se descubriese su menudo zurcido literario, nos ha hecho gracia de ese folleto político que él titula *La fórmula del progreso*, y al